

MEMORIAS EN TINTA

*Ensayos sobre la representación de la violencia política
en Argentina, Chile y Perú*



Lucero de Vivanco Roca Rey
EDITORA



EDICIONES
UNIVERSIDAD ALBERTO HURTADO

ÍNDICE

Introducción. Las memorias y la tinta13
Lucero de Vivanco, Geneviève Fabry

Capítulo I

Las preguntas por la representación31

“¿Se puede contar?” Historia, memoria y ficción en
la representación de la violencia extrema333
Carlos Pabón

El trazo oblicuo. Representaciones sesgadas del horror en
la narrativa del Cono Sur49
Ana María Amar Sánchez

Lectofobia, desarraigo y violencia política61
Jaime Villarreal

Capítulo II

Escrituras para Argentina.79

Culpables e inocentes, héroes y traidores, cómplices y espectadores:
representaciones de la violencia política en Argentina desde 1980
hasta el presente81
Fernando Reati

Encrucijada entre política y ética en la obra de Luis Gusmán.107
Betina Keizman

Violencia y escritura en la obra de Andrés Rivera 120
Fernando Moreno

Un discurso a la deriva: digresión y violencia en
Historia del llanto de Alan Pauls 136
María Paz Oliver

Palabra testimonial y valor ontológico del amor en
los últimos poemarios de Juan Gelman 149
Geneviève Fabry

A la búsqueda de un lugar de enunciación apropiado:
la década de los setenta argentinos en *Historia del llanto*
de Alan Pauls 164
Ilse Logie

No-velar la historia. *A veinte años, Luz* (Elsa Osorio):
el secuestro de bebés y la violencia política en Argentina 181
Gilda Waldman Mitnick

Violencia política y resistencia en la obra de Sara Rosenberg:
de *Un hilo rojo* a *Contraluz*. 196
Marie Rosier

Capítulo III
Escrituras para Chile 213

Escenarios narrativos y memoria en la literatura chilena
a partir de 1973 215
María Teresa Johansson

Reflejo de la violencia política y personal en la escritura lírica
brutalizada de Raúl Zurita: desde *Purgatorio* (1979) hasta
Zurita (2011). 235
Benoît Santini

Representación de la violencia en <i>La vida doble</i> de Arturo Fontaine.	254
<i>Cristián Montes Capó</i>	
El policial en la postdictadura chilena: una relectura de <i>El Tercer Reich</i> de Roberto Bolaño	267
<i>Paula Aguilar</i>	
Representación y goce de la violencia en Roberto Bolaño	279
<i>Horst Nitschack</i>	
Las violencias de la urbe: un repertorio inacabado	295
<i>Luis Campos Medina</i>	
Cuerpo, escritura y violencia: <i>El cuarto mundo</i> de Diamela Eltit y <i>Nadie me verá llorar</i> de Cristina Rivera Garza	314
<i>Raquel Mosqueda Rivera</i>	
Capítulo IV	
Escrituras para Perú	331
“Pares-dispares”: dinámicas de simbolización de la violencia política en la literatura peruana (de 1980 al presente)	333
<i>Lucero de Vivanco</i>	
Violencia y poesía en el Perú: de la colonia a nuestros días.	362
<i>José Antonio Mazzotti</i>	
Contrapunteo peruano entre el humor y la violencia	379
<i>Víctor Vich</i>	
Cartografía de los senderos que se bifurcan. Breve estudio comparativo de <i>Adiós Ayacucho</i> y <i>Lituma en los Andes</i>	400
<i>Víctor Quiroz</i>	

Nación, esterilidad y utopía en <i>Ya nadie incendia el mundo</i> de Victoria Guerrero	419
<i>Luis Fernando Chueca</i>	
Maternidad y militancia en el PCP-SL: testimonios y representaciones	435
<i>Victoria Guerrero Peirano</i>	
Narrativas “desde adentro” en la guerra interna peruana: presentación y balance	450
<i>Mark R. Cox</i>	
Autores y autoras	467

INTRODUCCIÓN

LAS MEMORIAS Y LA TINTA

Lucero de Vivanco

UNIVERSIDAD ALBERTO HURTADO

Geneviève Fabry

UNIVERSITÉ CATHOLIQUE DE LOUVAIN

Se impone un logos con tiempo.
Es la hora de la racionalidad anamnética.

REYES MATE

Durante el periodo de elaboración del *Informe* de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) en el Perú, Salomón Lerner –su Presidente– escribió lo siguiente: “Ningún acto humano es neutral. No hay decisión ni acción deliberada que escape al territorio de la moral, y por ello siempre es susceptible de juicio. Pero así como todo acto humano puede ser juzgado, también debe ser comprendido [...] pues el reino de la ética es también, por definición, el reino de los significados” (*La rebelión* 30). Si bien Lerner hacía referencia al *Informe* que la CVR preparaba, el comentario puede ser extrapolado a la literatura, pensada esta como un espacio imaginario privilegiado para hacer converger el juicio y la comprensión, lo obligatorio y lo optativo, el deber y el deseo, el mínimo exigible y el máximo deseable; en breve, como un ámbito de conocimiento que es a la vez racional y subjetivo, y cuyos epítetos configuran el mundo en que vivimos. De este modo, la literatura entra tanto en el circuito de la inteligibilidad afectiva de las cosas, como también y sobre todo en la esfera beligerante de la práctica política –siguiendo a Jacques Rancière (*Política*)–, en la que se designan y administran los objetos de la vida en común, entre ellos la justicia. No en vano ha dicho después

Lerner, que “combatir el olvido es una forma poderosa de hacer justicia” (“Prefacio” 12).

Si, como ha sugerido Elizabeth Jelin, la literatura es un “trabajo de la memoria” y como tal una forma de combatir el olvido, es importante reflexionar sobre cómo se articula de forma precisa la escritura literaria y el horizonte de justicia, ese horizonte que forma una estructura implícita de sentido –incluso cuando el sentido parece derrumbarse– que subyace en los textos portadores de semejante memoria agónica. No caben aquí las afirmaciones ingenuas o simplistas, como tampoco las preocupaciones puramente formalistas. La cuestión de la violencia política, de su representación y de su presencia a la vez duradera y variada en el corpus literario latinoamericano, nos interpela como lectores y como críticos porque nos sitúa en un lugar completamente singular, extremo, limítrofe, en el que los estudios literarios colindan con la historia, la psicología o la sociología, sin renunciar por ello al corazón mismo de la escritura como práctica artística, creadora de sentido e inteligibilidad a partir de recursos propios.

Los ensayos aquí reunidos, no obstante las perspectivas teóricas particulares y los enfoques diversos que adoptan en sus análisis, coinciden en referirse, de una u otra manera, a ciertos problemas de fondo vinculados a la representación de la violencia extrema. Aparecen así disquisiciones en torno a las condiciones de producción, los mecanismos formales adoptados en la escritura, los efectos en el receptor, o las injerencias en el medio social provocadas por los textos literarios a la hora de articular violencia política, memoria, representación y justicia. Haciendo un ejercicio de abstracción y síntesis a la vez, podríamos pensar en cuatro problemas que aparecen –ya sea como interrogantes, ya sea como premisas– una y otra vez en los trabajos congregados en este volumen: el problema en torno a la *posibilidad* de contar, el problema sobre *cómo* contar, el problema respecto de *qué* (se puede, se debe) contar y, finalmente, el problema respecto a *desde dónde* contar.

El primer problema tiene que ver con la legitimidad intrínseca de la representación de la violencia extrema. Al respecto, una sombra parece proyectarse sobre los textos aquí examinados; una pregunta tan insistente como inquietante –aunque a veces implícita– los recorre: ¿Se puede contar? ¿Se puede acceder en palabras a las experiencias que, por

su intensidad y su crueldad, ponen en jaque la capacidad humana de simbolización? Si bien es en el género de la literatura testimonial donde la pregunta se plantea con mayor agudeza, la respuesta concierne en realidad a la totalidad del campo literario. Como se verá en el primer capítulo, es ampliamente conocida la paradoja destacada por Primo Levi según la cual el testigo integral, el testigo absoluto, es justamente el que no puede testimoniar porque obró sobre él hasta la muerte la maquinaria mortífera de la que cabría dar cuenta. Giorgio Agamben, al comentar esta paradoja, la transforma en una aporía insuperable: Auschwitz sería aquello de lo que no es posible testimoniar, “una realidad absolutamente separada del lenguaje” (164). Pero definir el testimonio como la palabra que se enuncia a partir de una “imposibilidad de hablar”, ¿no es condenar desde la raíz misma todo intento de relatar con una pretensión de verdad una experiencia vinculada con la violencia extrema? No hay duda de que teóricos como Agamben se exponen al menos a uno de los “tres peligros [que] amenazan el testimonio de la exterminación”, en el entender de François Rastier: el de “lo indecible” (115)¹. En efecto, si seguimos el razonamiento del filósofo italiano, “confrontado a lo irrepresentable de la experiencia mortal [del ‘musulmán’] y a lo indecible inmanente del lenguaje, el testimonio ya no puede ser ni un documento, ni una obra” (Rastier 118, trad. nuestra). Ni un documento para el historiador y para el juez, ni una obra que permita acceder no solo a una inteligibilidad fáctica de los procesos traumáticos, sino tampoco a una comprensión que involucre la imaginación y la afectividad, sin las cuales es difícil construir una representación encarnada, verdaderamente humana de lo que se pretende comprender. Frente a esta pseudo-imposibilidad representacional, Rastier aboga por otra articulación entre lo irrepresentable del trauma y la representación testimonial: “El papel del testimonio no es decir lo irrepresentable, sino llevarlo al conocimiento, según una razón capaz de acotar lo que se le escapa; así se podrá hacer justicia, tanto en el sentido judicial de la sanción de los culpables, como en el sentido ético del homenaje debido a las víctimas” (119, trad. nuestra). En otros términos, cabría decir que el valor de la literatura radica precisamente en la capacidad de evocar y sugerir aquello que se resiste a la simbolización, de

¹ Los otros dos peligros serían “lo grandioso y el kitsch” (115).

hacerlo advenir al lenguaje, aun sabiendo que el resultado literario pueda estar eventualmente incompleto.

El segundo problema visible en los ensayos aquí presentados es que este esfuerzo de “la razón capaz de acotar lo que se le escapa” también concierne al estudioso, al que se le encomienda la tarea de examinar de forma crítica y abarcadora las múltiples producciones culturales acerca de la violencia, especialmente de la violencia extrema. La pregunta inicial por la posibilidad de contar se desplaza entonces hacia el *cómo* contar. ¿Cuáles son las estrategias que hacen posible dar cuenta de un pasado traumático y de un presente que ejerce múltiples coacciones sobre el cuerpo social y el cuerpo a secas? El abanico es muy amplio y la amplitud está determinada no solo por factores artísticos sino también políticos, ideológicos o culturales. Dentro del vasto corpus literario comentado aquí, se pueden señalar algunos recursos frecuentemente usados por los textos literarios y destacados en los ensayos de este libro.

El primero de ellos sería la alegoría que, muchas veces, establece un juego de vasos comunicantes entre el cuerpo y la nación. Idelber Avelar mostró, en *Alegorías de la derrota* (2000), cómo la censura poco tiene que ver con la presencia recurrente de la alegoría, la cual responde más bien a un imperativo del duelo obstaculizado. Otro de los recursos que se podría destacar es el de las varias modalidades del trazo oblicuo, según la expresión de Ana María Amar Sánchez, es decir, las maneras de señalar poderosamente lo siniestro de lo real pero sin llegar a describirlo. Este tipo de escritura apela a codificaciones formales muy variadas como el lenguaje intersemiótico, la digresión o la narración a partir de la incertidumbre. También se podrían mencionar la ironía y el humor, recursos que nos obligan a abordar el *pathos* inevitable de una temática como la de la violencia política, recuperando un doble sentido que, con frecuencia, interpela al lector y sacude el trasfondo moral y/o emocional de su lectura. Asimismo, llama la atención el recurso que estriba en la recodificación de los géneros literarios. Si bien el discurso testimonial ocupó un lugar privilegiado justo después del cierre de las épocas más violentas tanto en el Cono Sur como en el Perú, vemos que este género no se extingue sino que, por el contrario, se renueva, difuminando sus límites y a veces invirtiendo las coordenadas del pacto de lectura correspondiente en sus formas más clásicas y previsibles. Otros géneros recodificados

han sido, además de las escrituras del “yo”, la novela policiaca y la escritura lírica que se esfuerza por reconstituir un habla singular y significativa, en las antípodas del lenguaje confiscado por los discursos represivos. Finalmente, conviene mencionar el cinismo y, de forma más general, el lenguaje que asume una carga de violencia en todos los niveles de la expresión. ¿No se harían cómplices, estos relatos saturados de una violencia a veces extremadamente mimética, de la misma violencia que intentan describir o criticar? Este tipo de productos culturales plantea de otra manera el problema de los límites de la representación (¿cuál es la pertinencia de querer mostrar lo más abyecto?) y sobre todo implican un cuestionamiento del lugar del espectador/lector y de la función de la lectura. Algunos textos comentados aquí sugieren la idea de que, cuando este lugar no está de alguna manera problematizado o tematizado, el espectador/lector queda como engullido, involucrado emocionalmente en la trama violenta.

Si bien el *cómo* de la representación de la violencia da lugar a una serie a la vez amplia y precisa de respuestas, no se puede decir lo mismo a la hora de plantear la cuestión del *qué* de la representación, otro de los problemas de fondo compartidos por estos ensayos. ¿Qué concepción de la violencia política aparece en las obras aquí convocadas? ¿Es fundamentalmente diferente en los tres países examinados? ¿Qué tipo de violencia deben o pueden asumir los textos literarios? Al lector que recorra las páginas de este libro le llamará la atención que la violencia —como categoría antropológica de carácter general— es objeto de definiciones tanto variadas como consistentes, principalmente a partir de los aportes de Paul Ricoeur, Slavoj Žižek o Walter Benjamin, mientras que no siempre se desarrolla abiertamente lo que era y lo que es la violencia política propiamente tal. Por un lado, es cierto que se trata de un fenómeno ya bien identificado: las exacciones de Sendero Luminoso y del Estado autoritario peruano en su lucha antisubversiva, la violación sistemática de los derechos humanos durante las dictaduras militares del Cono Sur, son hechos ampliamente estudiados desde diversos enfoques. Pero surge, por otro lado, a partir de los diferentes procesos de transición democrática, una violencia difusa, que impregna todos los estratos de la vida individual y social, y que está vinculada con las carencias de un Estado fallido, con las consecuencias derivadas de políticas neoliberales devastadoras que